

DOMINGO FLETCHER VALLS, EN EL RECUERDO

POR Antonio Beltrán

Con dolor por su pérdida de la que no logramos consolarnos, pero con la satisfacción que produce el cumplir con un afectuoso deber, nos sumamos al homenaje que el «Centro Arqueológico Saguntino» dedica a la memoria de Domingo Fletcher, gran amigo en lo personal y, en lo profesional, adalid, durante muchos años, de la arqueología valenciana, siempre y en todo con la sencillez y la valía que le eran característicos. Una inscripción romana de Cartagena, funeraria, expresaba con ternura la divergencia entre los propósitos y los resultados de un semejante homenaje de afecto; tosca la piedra y poco hábil la escritura y el trabajo del «ordinator» motivaron el que la dedicatoria se cerrase con «ut potuit, non ut voluit». Pues lo que sigue podría cerrarse con análoga disculpa, aunque difícilmente podría ponerse más afecto en el recuerdo, si bien ya hubiera que decir que lo escrito estuviese más de acuerdo con lo que quisiera que con lo que puedo.

Me complace que estas líneas aparezcan en Sagunto donde hice mis primeras armas en trabajos de campo de la mano de mi padre, Pío Beltrán Villagrasa, comisario local de excavaciones arqueológicas cuando ni soñaba en que mi buena fortuna me llevaría a una cátedra de Arqueología de Zaragoza primero y a la de Prehistoria de la misma Universidad después.

He estado vacilando y no poco sobre el tema que cubriría estas palabras de recuerdo y afecto, dudando entre los de numimástica o los de mundo ibérico, que asociaron en su día los trabajos de Fletcher y los míos. Pero pienso que cualquiera de ellos será tratado con mayor competencia y actualización por los jóvenes colegas que, sin duda, figurarán entre los firmantes de esta colectánea. Y he decidido limitarme a contar, como en una íntima conversación, recuerdos y referencias supongo que olvidadas ya por muchos, puesto que ha caído sobre ellos bastante más de tres cuartos de siglo, y se refieren a vivencias en la universidad valentina y en el S.I.P., aunque luego no dejáramos de estar en perpetua comunicación hasta bien poco antes de su muerte. Y debo añadir que nunca le llamé Fletcher, sino Domingo, en tanto que para él

nunca fui Beltrán, sino Antonio, lo que explica no pocas cosas. A tales recuerdos e intimidades quiero añadir el texto de un artículo que redactamos a medias, sobre inscripciones ibéricas, de las que tanto sabía y de quien tanto aprendí.

PEQUEÑA CRÓNICA DE UNA AMISTAD UNIVERSITARIA

Se fraguó nuestra segura y permanente amistad cuando coincidimos en las aulas universitarias del caserón de la calle de la Nave estudiantes ambos de Filosofía y Letras por los años 1932 a 1936, si bien tal coincidencia no se repetía en todos los cursos puesto que él, un par de años mayor que yo, estudiaba curso a curso completos y por mi parte, al mismo tiempo, dedicaba mi atención a la carrera de Derecho y escogía las asignaturas que los horarios hacían compatibles. Fui así compañero de Fletcher, San Valero, Jordá y algunos más muy recordados junto con alguna compañera como la que se convirtió en esposa de Domingo, y la amistad entablada fue tan profunda que luego busqué las asignaturas «sueltas» que me permitían compartir discencia con quienes iban a ser aliados de fatigas arqueológicas durante muchos años.

El vínculo de unión complementario fue don Luis Pericot, profesor universitario, que había dejado la Universidad de Santiago donde su maestro Bosch Gimpera pretendía mantenerle pensando en que era campo abonado para un prehistoriador serio, pero que don Luis, tratando de acercarse a su Cataluña de origen, había abandonado, aún a trueque de que las enseñanzas que impartía fuesen no de su especialidad, sino nada menos que de Historia Moderna. Lo que no enseñaba en las aulas podía recibirse de él en el Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación Provincial, institución pionera en las tareas prehistóricas españolas, con biblioteca copiosa y seleccionada, frente a la total ausencia de libros especializados en la Facultad y gobernado por una pléyade de investigadores de toda clase capitaneados por don Isidro Ballester Tormo, que suplían todas las carencias con un entusiasmo sin límites.

En la Facultad trabajamos, es un decir, con Domingo Fletcher, en el «laboratorio» de don Luis Gozalvo y con el apoyo de mi padre en las monedas (especialmente una excelente colección de denarios de la República Romana) y en las numerosas clases que no nos agobiaban demasiado y hasta podría contar los papeles que nos repartíamos en las clases de latín de don Francisco Alcaide, no demasiado versado en la lengua de Virgilio, lo que nos convertía en comentaristas y explicadores de textos que escribíamos en la pizarra y en las filosofías baratas que nacían de divertidas discusiones en las clases, del mismo profesor cuya era la asignatura, de «Introducción a la Filosofía» con la sabrosa lectura de la «Introducción a la Sabiduría», de Luis Vives, según auto-

rizaba la estatua de bronce que presidía el patio y claustro y tutelaba nuestra formación que estimábamos que nos pondría en posesión de un título universitario en 1937, sin contar con que los españoles resucitaron tribalismos desatados y convirtieron las aulas y las bibliotecas en campo de batalla y en escenario de todas las intemperancias.

Pero mi amistad con Domingo Fletcher continuó y aún diría que se acrecentó, como ocurrió con Jordá y San Valero que accedieron más tarde a cátedras de Prehistoria e Historia Antigua, en tanto que Fletcher, cuya biografía académica no es cometido de estas notas, dedicaba sus tareas a obtener plaza en el Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos y, a la larga, a dirigir el Servicio y su Museo con la seriedad que imponía a todas sus actividades.

No pretendo, ni mucho menos, trazar su retrato. Pero hay varias anécdotas que pueden ayudar a esbozarlo o, por lo menos, reflejar aspectos de su personalidad. Aún no habíamos alcanzado nuestras metas profesionales y yo, entonces director del Museo de Cartagena, vencí su timidez para que viniese conmigo a un curso del Instituto de Estudios Ligures, en Bordighera, que dirigía Nino Lamboglia, y le seduje para que un fin de semana tomásemos un tren nocturno, y hurtando horas al sueño, pasásemos un día en Roma viendo museos y aprendiendo cosas vertiginosamente, a paso de carga, hasta que pasadas bastantes horas un «¡ché, Antonio pietat!» enfriase si no mis entusiasmos al menos mis ímpetus y mostrase más sosiego y sensatez del que yo imponía. Ya director del S.I.P. intenté que un Congreso Nacional de Arqueología tuviese lugar en Valencia —ahora se prepara uno para 1999 y será el primero, dentro de la categoría de los nacionales que se celebre— y sus excelentes dotes de administrador, de buen administrador mejor dicho, me hicieron desistir porque pensaba que la solución a los infinitos problemas económicos del centro que dirigía se vería dificultada si las «autoridades» gastaban el poco dinero existente en reuniones y actos semejantes. Y un tercer dato: hablaba él normalmente en valenciano y hacía gala de una socarronería y sentido del humor muy de la tierra. En una ocasión me envió un libro suyo —nos enviábamos cuanto escribíamos— de prehistoria valenciana, en valenciano y yo bromé con él diciéndole que mi larga ausencia de tierras valencianas me había hecho olvidar el valenciano, según comprobaba al leer sus prosas y encontrarme con la sorpresa de que no entendía buena parte de ellas. Me consoló diciéndome que no me preocupase, pues él tampoco entendía lo que habían «normalizado» del original que escribió.

Lo que nació en la Universidad continuó en el S.I.P., «el servicio» hoy en espléndida instalación tanto como centro de investigación cuanto como museo, con el que la Arqueología española tiene contraída una importante deuda. Entonces en el palacio de la calle de Caballeros en el que una destartalada sala servía de biblioteca, de despachos y de seminario o lugar de encuentro.

rizaba la estatua de bronce que presidía el patio y claustro y tutelaba nuestra formación que estimábamos que nos pondría en posesión de un título universitario en 1937, sin contar con que los españoles resucitaron tribalismos desatados y convirtieron las aulas y las bibliotecas en campo de batalla y en escenario de todas las intemperancias.

Pero mi amistad con Domingo Fletcher continuó y aún diría que se acrecentó, como ocurrió con Jordá y San Valero que accedieron más tarde a cátedras de Prehistoria e Historia Antigua, en tanto que Fletcher, cuya biografía académica no es cometido de estas notas, dedicaba sus tareas a obtener plaza en el Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos y, a la larga, a dirigir el Servicio y su Museo con la seriedad que imponía a todas sus actividades.

No pretendo, ni mucho menos, trazar su retrato. Pero hay varias anécdotas que pueden ayudar a esbozarlo o, por lo menos, reflejar aspectos de su personalidad. Aún no habíamos alcanzado nuestras metas profesionales y yo, entonces director del Museo de Cartagena, vencí su timidez para que viniese conmigo a un curso del Instituto de Estudios Ligures, en Bordighera, que dirigía Nino Lamboglia, y le seduje para que un fin de semana tomásemos un tren nocturno, y hurtando horas al sueño, pasásemos un día en Roma viendo museos y aprendiendo cosas vertiginosamente, a paso de carga, hasta que pasadas bastantes horas un «¡ché, Antonio pietat!» enfriase si no mis entusiasmos al menos mis ímpetus y mostrase más sosiego y sensatez del que yo imponía. Ya director del S.I.P. intenté que un Congreso Nacional de Arqueología tuviese lugar en Valencia —ahora se prepara uno para 1999 y será el primero, dentro de la categoría de los nacionales que se celebre— y sus excelentes dotes de administrador, de buen administrador mejor dicho, me hicieron desistir porque pensaba que la solución a los infinitos problemas económicos del centro que dirigía se vería dificultada si las «autoridades» gastaban el poco dinero existente en reuniones y actos semejantes. Y un tercer dato: hablaba él normalmente en valenciano y hacía gala de una socarronería y sentido del humor muy de la tierra. En una ocasión me envió un libro suyo —nos enviábamos cuanto escribíamos— de prehistoria valenciana, en valenciano y yo bromeeé con él diciéndole que mi larga ausencia de tierras valencianas me había hecho olvidar el valenciano, según comprobaba al leer sus prosas y encontrarme con la sorpresa de que no entendía buena parte de ellas. Me consoló diciéndome que no me preocupase, pues él tampoco entendía lo que habían «normalizado» del original que escribió.

Lo que nació en la Universidad continuó en el S.I.P., «el servicio» hoy en espléndida instalación tanto como centro de investigación cuanto como museo, con el que la Arqueología española tiene contraída una importante deuda. Entonces en el palacio de la calle de Caballeros en el que una destartalada sala servía de biblioteca, de despachos y de seminario o lugar de encuentro.

